

Islas Canarias

Lanzarote, 1729. Juan Leal era alto y de brazos fuertes. Enérgico y acostumbrado al manejo del arado no tenía miedo al trabajo duro del campo. Poseía algunas tierras de labor heredadas de los padres de su mujer, Lucía Catalina, con un aljibe casi siempre escaso de agua.

Vivían en la aldea de San Bartolomé donde la vida era dura, como en el resto de las islas, pero con la agravante añadida de la escasez de agua. Las lluvias cuando llegaban eran generosas rellenando las maretas y aljibes; la tierra agradecida daba abundantes cosechas de grano, pero los últimos años habían sido malos encadenando varios de sequía y el pasto para el ganado difícilmente prosperaba.

Aunque eso no era lo peor; desde hacía tres años venían produciéndose temblores de tierras, cada vez con mayor intensidad. En la aldea tenían la sensación de vivir sobre la piel de un animal vivo sacudiéndose las pulgas con frecuencia, de día y de noche. Eran temblores tenues y no llegaban a producir daños importantes en las ya agrietadas viviendas; lo peor era el rugido procedente de las profundidades de la tierra que aterrorizaba a la población.

Parecía que el suelo que pisaban estaba hueco y en cualquier momento se abriría, como una gran boca de piedra, tragándose todo lo que había en la superficie.

Muchos de los habitantes del interior de la isla, por seguridad, fueron abandonando sus viejas casas de campo para vivir en el puerto de Arrecife. La costa parecía la vía de escape más segura en caso de ponerse las cosas feas en el interior.

Cuando recibieron en el ayuntamiento de Teguise el despacho del Juez de la Contratación del Comercio con las Indias, pidiendo familias voluntarias para trasladarse a América, algunos vieron la oportunidad que soñaban.

El alcalde de la villa, don Ignacio Hernández, dio la noticia a todos los pueblos y aldeas de la isla. Leal reunió a sus hijos y convenció a los

mayores de la ocasión que se presentaba para todos. Les habían prometido tierras para cultivar a las orillas del río San Antonio, un lejano territorio al norte de Nueva España, un terreno fértil regado por ríos con abundante agua donde no tendrían necesidad de mirar al cielo cada día esperando la ansiada lluvia. Un auténtico vergel.

Además, el alcalde le confió a Juan Leal, al recibir el comunicado, las gestiones necesarias para reclutar voluntarios para la expedición. Él y su amigo Toño Santos habían sido los encargados de buscar y convencer a los otros; la esperanza se encontraba al otro lado del Atlántico. Fue difícil porque todos tenían desperdigados por las islas padres, hermanos y amigos; raíces sentimentales muy difíciles de arrancar. Pero con argumentos sólidos despertó la ilusión, venciendo los inconvenientes que veían en aquel viaje; un viaje sin retorno. No tenían miedo al trabajo duro del campo, estaban acostumbrados, pero esto era otra cosa, sabían que tenían un camino arduo, lleno de obstáculos. No iban a regalarles nada sin mediar un gran esfuerzo.

A sus cincuenta y tres años Juan Leal ya no era joven para empezar una nueva vida, no quería pensarlo mucho o no lo haría. Poseía un recio carácter y una gran fuerza de voluntad que le daba gran seguridad en sus actos, pero en esta ocasión se preguntaba si estaría equivocándose, sabía que iba a exponer a todas las familias a grandes y desconocidos peligros y que la decisión marcaría para siempre sus vidas.

—Es como siuviésemos nada de nada, así que... Tampoco tenemos mucho que perder —decía unos meses antes a los amigos reunidos en la posada de Teguisse; le hervía la sangre ante la pasividad de sus paisanos que no acababan de decidirse a dar el paso que convertiría su sueño en realidad.

—Podemos perder la vida —dijo un hombre barbudo, alto, de unos cincuenta años con grandes entradas en la frente y pelo canoso y escaso llamado Juan Curbelo, el Mellao para los conocidos. El apodo le venía desde la adolescencia cuando le rompieron un diente incisivo de una pedrada. Era el menos entusiasta de los amigos de Leal y desconfiaba de todo el mundo.

—Para qué queremos la vida. Esto no es vida —dijo Juan Leal, el Mozo, alzando la voz.

—Eso se dice muy fácil, pero empezar desde cero no lo es tanto y sobre todo muy arriesgado —el Mellao parecía un poco enojado por los gestos exagerados que hacía con la boca y las manos.

—Creo que es otra cosa; si tienes miedo mejor te quedas.

El Mozo, próximo a cumplir treinta años, ya tenía cuatro hijos. Su mujer estaba preñada de nuevo y no era muy buen momento para iniciar un viaje tan largo, pero no quería esperar más. Estaba cansado de discutir con su mujer, ella se negaba rotundamente a la «aventura». Por otra parte estaba su padre que los convenció de ser lo mejor para todos; él también opinaba lo mismo y partirían, con o sin el consentimiento de ella. Se jugaba la vida todos los días en el risco de Famara para recolectar la orchilla que empezaba a escasear. No veía su futuro colgado de una cuerda cogiendo aquellas hierbecillas usadas para colorear las prendas que vestían los ricos. Cuando llegó la oferta vio la gran oportunidad de su vida y no pensaba desperdiciarla. Estaba tan interesado en la expedición como su padre y no pensaba permitir que se truncara.

—¿Estás insinuando algo? —con voz atronadora el Mellao se puso de pie como si le hubiera picado un insecto y con los puños apretados se acercó al Mozo—. ¿Me estás llamando cobarde? —de haber podido sus ojos grises hubieran fulminado al Mozo en un instante. Su cara, la que no ocultaba las barbas, se puso morada; estaba muy ofendido y la ira parecía a punto de hacerlo explotar como una bomba.

—No —explicó el joven sin alterarse—. Solo quiero decir que, como señala mi padre, no tenemos nada que perder y mucho que ganar, el que no arriesga nada tampoco puede esperar nada.

En ese momento un ligero temblor agitó los vasos que estaban encima de la mesa. Nadie se movió ni pareció asustarse, vivían acostumbrados a las ligeras convulsiones de la tierra, aunque cuando se producían se quedaban con la mirada perdida, a la espera de que finalizaran antes de continuar con sus quehaceres. Era como siempre, un temblorcillo de poca importancia. Juan, el Mozo, conocía bien al

Mellao, sabía de su carácter noble y bonachón y no temía su reacción a pesar de su enorme cuerpo y de su aspecto amenazador.

—No vengas si no quieres —continuó el joven más sereno cuando cesaron los temblores—, otros habrá que tomen tu lugar.

—¿Vas a poner en peligro la vida de tu familia? —el Mellao parecía también más tranquilo tras la pausa obligada, las barbas ocultaban la expresión de su boca y con los ojos entrecerrados concluyó—. ¿No te importa?

—Yo quiero a mi familia tanto como tú a la tuya, pero eso no tiene nada que ver con lo que hablamos.

—Bueno, basta ya, hijo —dijo Leal con autoridad. —No podemos pensar en los riesgos del viaje —Leal miró al grupo de hombres—, pero entre quedarnos o irnos yo voto por irnos, mejor morir de una vez que morir de hambre... O tragados por la tierra.

Aquello de... «Tragados por la tierra», venía muy al pelo de lo que venía ocurriendo últimamente en sus aldeas. Los demás amigos se miraban entre ellos y asentían con la cabeza, estaban de acuerdo con Leal.

—Nos han prometido asistencia, además de las tierras, semillas para la siembra y herramientas para fabricar nuestras casas — continuó Leal mirando a los hombres que permanecían sentados y de pie por los rincones del local; su voz era grave y firme.

—¿Todo gratis? —dijo un hombre de rostro afilado y mediana estatura llamado Juan Cabrera, el Cabra.

—Todo gratis —dijo Leal completamente convencido.

—Eso no me lo creo, nadie da nada gratis —el que hablaba era Juan Rodríguez, el Rodri, otro conocido de Leal.

—Todo gratis —repitió Leal empezando a irritarse ante la tozudez de sus amigos.

—¿Y quién paga todo eso? —dijo el Rodri con voz aflautada.

—La Real Hacienda, ¡coño! Es orden del Rey de España. El despacho viene de Sevilla que es donde está ahora la Corte, en él dice lo siguiente: «Al llegar a nuestro destino nos proveerán de todo lo

necesario para cultivar las tierras y fundar nuestro pueblo. Tendremos privilegios de colonizadores».

—¿Lo has visto tú? —dijo de nuevo el Rodri.

—Sí, lo he visto y Toño Santos también —dijo señalando a un hombre de mediana estatura y cara redonda en la que destacaba una enorme nariz.

—Fuimos los dos a Tenerife para saber de buena tinta las condiciones. He traído una copia del despacho real que le pedí al escribano del señor Intendente del Comercio con las Indias; no está completo porque es muy largo.

Leal sabía leer y escribir, aprendió con el ojo sano gracias a su tenacidad y esfuerzo, la visión con el izquierdo la perdió de un desgraciado accidente. Los que no tenían confianza le llamaban «el Tuerto» al referirse a él, pero por respeto no se lo decían en su cara y él lo sabía, su fino oído apreciaba ciertas sutilezas en la boca de los vecinos las cuales prefería ignorar. Leal sacó unos papeles del morral y acercándose a la luz de la ventana leyó:

«Sepa que por despacho yo, en el día de hoy, comunico al gobernador y oficiales reales de La Habana, para que tan pronto lleguen las familias canarias a ese puerto los reciba y les dé la asistencia que necesiten».

—Eso quién lo dice —interrumpió uno de los hombres.

—¿Quién lo dice? Lo dice el rey, ¡cojones! —dijo Leal gritando y dando un puñetazo sobre la mesa muy irritado; levantando la vista del escrito miró al que había hablado tratando de tranquilizarse—. Comunica a los oficiales reales que nos atiendan cuando lleguemos. ¿Es que no te enteras?

—Bueno, hombre. Ten un poco de calma que solo estoy preguntando. ¿O es que no puedo? —dijo el otro con retintín.

—¿Calma? —Leal se fue serenando, comprendía que la ignorancia de sus paisanos sobre los asuntos legales era muy grande y debería tener también mucha paciencia—. Estoy cansado de explicar que es un despacho que viene de Sevilla, ¡carajo! Del Consejo de Indias y que lo firma el Rey de España que se llama Felipe.

Un murmullo se dejó caer por el local; entre los parroquianos unos asentían con la cabeza y otros más incrédulos lo negaban a su vez. Hablaban todos al mismo tiempo y el murmullo iba en aumento subiendo de tono hasta tener que gritar para hacerse oír. Leal pidió silencio gesticulando con las manos.

—Vale —dijo el parroquiano llamado Salvador Rodríguez, el Dorín, cuando se callaron todos, asintiendo con un gesto de la cabeza—, ahora si lo entiendo, continúa. Leal carraspeando volvió a extender el papel y siguió con la lectura del despacho.

«Y ordenen lo concerniente a su transporte a Veracruz y las medidas que se tomarán en ese puerto para que se les transporte por mar a los lugares donde se establecerán; y proveer de lo necesario para su mantenimiento durante un año hasta que recojan sus cosechas. Asimismo cuiden de ellos y les den tratamiento adecuado».

—Si lo dice el rey... Será verdad —dijo Leal más calmado al concluir la lectura.

—Es palabra de rey —dijo Toño en apoyo de su amigo—, si no creemos lo que dice el rey no podremos creer en nada.

Asintieron todos los presentes, si estaba escrito... Tenían que creerlo por fuerza.

La veintena de hombres reunidos en el local tenían algo en común, casi todos vivían de lo mismo, cultivaban sus pedazos de tierras o cuidaban de sus rebaños de cabras, que con frecuencia se les morían de sed y hambre. Todos estaban curtidos por el ardiente sol; la piel de sus rostros y manos aparecían cuarteados como las secas charcas de sus tierras.

Algunos pasaban de los cincuenta años, pensaban que era tarde para ellos y no estaban dispuestos a correr riesgos. Estaban seguros de no participar en aquella aventura, resignados a continuar igual, no se sentían con fuerzas para empezar una nueva vida.

—Disculpa al muchacho. Es joven y tiene la sangre muy caliente —dijo Leal a su amigo cuando estaban solos—. No se lo tomes a mal. Él tiene cuatro hijos que mantener y otro en camino, se juega tanto como nosotros o más.

—Lo sé. Si pongo muchas pegas es porque no lo veo claro; para un viaje así hace falta dinero, no podemos empezar sin nada —la voz del Mellao se suavizó mirando a Leal con ojos tristes.

—Tendremos que poner en venta todas nuestras propiedades, la casa, el ganado —explicó Leal a su amigo—. ¿Para qué las quieres? No volveremos aquí nunca más.

Algunos conocidos sentían una extraña sensación ante la mirada de Leal, observaban el ojo blanquecino sin darse cuenta y desviaban la vista al momento. Para Curbelo, el Mellao, no tenía ese efecto y siempre miraba el otro directamente; se conocían desde la infancia, siempre habían sido amigos y tenían mutua confianza en su lealtad. — ¡Choss! ¿Y si fracasa y tenemos que volver? —dijo con una mueca y ojos espantados.

—Tú y yo nunca más —dijo Leal con voz grave—. Para nosotros es un viaje sin retorno. No lo pienses más, esto se vendrá abajo cuando menos lo esperes y te quedarás sin nada.

—¿Tú crees?

—Sí, lo tengo decidido hace tiempo y si hace falta me iré solo con los míos. Si no quieren seguirme que se atengan a las consecuencias.

Hacía tiempo que Leal sopesaba en la balanza de su mente la posibilidad de dar el salto. Entre una cosa y otra, mirando su pedazo de tierra seca y las cabras hambrientas, percibía con claridad el futuro. No había más remedio que arriesgar; ahora o nunca, los años volaban con su fortaleza y cuando quisiera darse cuenta sería tarde.

Al llegar el mes de enero vendió todas sus propiedades y regaló lo que nadie quiso comprar.

Vendió barato al alférez Rafael García con todo el dolor de su corazón; dejaba el aljibe de su propiedad al capellán de su iglesia para que lo explotara y además, el dinero suficiente para quince misas rezadas a dos reales de vellón cada una, a vírgenes y santos de su devoción: Nuestra Señora del Rosario, Purísima Concepción, Dulce Nombre de Jesús y a San Antonio y Santo Domingo. Anuales y a perpetuidad por su alma y la de toda la familia.

Le pidió también al cura que rogara a Dios para hacerlos llegar a todos sanos y salvos a su destino.

Con las ventas consiguió el dinero necesario para el largo viaje hasta ser abastecidos por las autoridades, según lo prometido, y para empezar una nueva vida en aquel territorio misterioso y lejano, que a muchos se les antojaba maravilloso aún sin conocerlo.

Tenerife

Santa Cruz, 1730. Desde el pequeño muelle veían los preparativos para trasladar a las numerosas familias hasta el otro lado del Atlántico. Miraban atentos y con gran curiosidad las faenas marineras a bordo del navío, sin perder de vista el que sería su hogar flotante en los próximos días. Los más jóvenes estaban muy ilusionados con la aventura que se avecinaba y los mayores temerosos ante lo desconocido.

Se trataba de un velero de unas ciento ochenta toneladas de arqueos y adecuadas proporciones llamado «Santísima Trinidad y Virgen del Rosario». A todos les parecía demasiado pequeño para el inmenso océano y muy escaso para un viaje tan largo y con tantísima gente dentro.

Un grupo de mozos descargaban un carro de cajas en la cercana escalera mientras otros las introducían en los botes para, a fuerza de remo, trasladar al navío donde iban desapareciendo en sus bodegas. Mientras tanto algunas carretas tiradas por mulos esperaban su turno al borde del embarcadero. Los niños jugaban alrededor de las pacas de mercancías que se amontonaban en la explanada, ajenos a lo que hablaban sus padres y sus abuelos.

—¿Cómo vamos a ir tantos en ese barco? ¿No os parece muy pequeño? —dijo Curbelo, el Mellao.

—Yo no meto a mi familia ahí, entre la marinería y nosotros vamos a rebotar por las cubiertas —dijo Toño Santos en voz alta—. Vamos a parecer un avispero.

—No exageres amigo —dijo Juan Leal—, ya verás cómo hay sitio para todos y unos cuantos más.

—Queréis uno tan grande como el castillo de Guanapay y eso no puede ser —dijo Lucas Delgado, el Lucas.

—No tanto —respondió Toño Santos rascándose el cogote—. Pero al menos me daría algo de tranquilidad. Si no ponen otro barco más grande no creo que me mueva de aquí.

—¿En esa chalana vamos a cruzar el océano? —dijo el Mozo al acercarse con voz temblona remachando el clavo.

—No lo creo —explicó su mujer—. Es muy pequeño para tanta gente, tiene que ser otro.

—No hay otro —dijo Josito a su hermano—. Es el más grande de todos los que están fondeados. Seguramente vendrá de Las Palmas a recogernos.

—¿Sabéis cómo se llama el barco padre? —gritó Cati arrimada a su cuñada Luci.

—Es este —dijo Juan Leal—. Se llama Santísima Trinidad y Virgen del Rosario.

—¿Estáis seguro padre? —dijo el Mozo.

—Estoy bien informado, ¡maldita sea! —explicó Leal, que no tenía precisamente la paciencia de Job, con voz firme y cansado de tantas preguntas—. No es necesario que preguntéis más. Lo pone en la popa con letras bien grandes.

—Abuelo, ¿podemos ver el barco ahora? —preguntó un niño tirándole de la manga.

—No, Manolito, ahora están cargando y estorbaríamos la faena a los marineros. Los demás padres de familia se agruparon en torno a Leal. Sus mujeres hablaban entre ellas un poco alteradas. Lo hacían todas a la vez y ninguna se oía, tal era el estado de excitación del grupo. Imaginaron un enorme velero capaz de afrontar las tempestades que podían surgir durante la travesía, pero la realidad era otra, el que estaban viendo parecía minúsculo, solo había que ver la cantidad de gente que se movía por todas las partes del navío. La cubierta parecía un hervidero de marineros entre los palos trinquete y mesana. Juan Leal dudaba ante las preguntas que le hacían. La misma sensación despertaba en él y también estaba receloso ante las proporciones del barco. Se daba cuenta de la inquietud provocada a la vista de aquel cascarón, con tres palos y muchas cuerdas, el cual debía transportarlos durante tantos días por el océano. Imaginó por un momento el pequeño navío, entre las aguas de un mar embravecido, inclinado por el viento y con la cubierta barrida por las olas. Se mareaba tan solo de pensarlo.

Rodeado de su gente intuía lo que pasaba por sus cabezas, el temor al inmenso océano, a lo desconocido, estaba presente. No era la primera vez que salía una expedición para colonizar las tierras de la Nueva España, casi siempre con éxito, pero en esta él se sentía responsable.

Juan Leal vio que era el momento de dar ejemplo y la mejor forma era con la palabra, convenciendo a todos de que no había peligro por el tamaño de la embarcación.

—Escuchadme un momento —dijo Leal mirando a sus amigos que formaron un semicírculo a su alrededor—. Aunque os parezca pequeño es capaz de hacer la travesía sin problemas. He hablado con el capitán y lleva más de diez años con este barco haciendo lo mismo. Nunca tuvo percances y no debéis temer nada, salvo imprevistos; pero estoy seguro de que gracias a Dios llegaremos sanos y salvos.

—Podían poner otro más grande, son muchos días los que habremos de pasar ahí —dijo Toño.

—El de Las Palmas era más chico todavía —dijo el Deni, un canarión de Agüimes alto y barrigón.

—No hay otro. Tendríamos que esperar la llegada de uno más grande y no sabemos cuándo sería. El tiempo apremia, nuestra estancia aquí cuesta dinero a la real Hacienda. Además, ¿creéis que si corriésemos peligro el capitán y los tripulantes se arriesgarían a salir? —respondió Leal rotundo, señalando la dirección en que se encontraba el navío.

El temor que abrigaban sus paisanos era natural, pero tenían que superarlo o la expedición no se pondría en marcha.

—Ellos son los primeros en jugarse la vida —dijo el Mellao apoyando a su amigo—. No por nosotros, lo hacen por su salario y tienen confianza en su barco.

Las mujeres alrededor del corrillo formado por los hombres se hacían cruces, atemorizadas solo de pensar en subirse al velero que se balanceaba suavemente.

—Ellos aprecian sus vidas tanto como nosotros, no lo olvidemos —dijo Leal con voz grave, mirando a unos y otros—, también tienen

familia, esposas y niños que mantener. Además, pensad en la inmensidad del océano, allí cualquier barco será pequeño.

Hizo una pausa mirando a su alrededor esperando alguna palabra de protesta, pero ante el silencio decidió continuar, era un ultimátum a los indecisos.

—Deberéis pensarlo bien y decidir ahora, es la última oportunidad que tenéis, no podemos estar más tiempo esperando. Pero tiene que ser antes de embarcar, después... ¡No podréis volver!

Todos guardaron silencio mirándose unos a otros, pensaban en lo que dejaban atrás. Ninguno volvió a decir nada.

—O sale bien o nos vamos pal piso —dijo el Mellao en voz baja. Él estaba también completamente decidido y ya no lo pensaba, aunque tenía la sensación de dirigirse a una muerte segura, pero con resignación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó un fornido mocetón de La Palma, llamado José Padrón que había oído su comentario.

—Quiere decir que si no sale bien podemos morir todos o algunos —dijo el Mozo bruscamente.

—Pues empezamos bien —dijo el palmero mirando a Paquita. Su joven esposa sostenía una niña de un año entre sus brazos.

Don Pedro de Rivera

Palacio de los Virreyes, México, 1728.

El gobernador de Tlaxcala, don Pedro de Rivera, aguardaba acompañado del capitán de alabarderos de la guardia. La entrevista con su excelencia don Juan de Acuña, Virrey de Nueva España, se iba a producir entre los dos hombres en la intimidad de una pequeña sala de la primera planta sin testigos incómodos. Sudaba copiosamente y secaba la frente con un fino pañuelo blanco; el calor en la ciudad era elevado y acusó el esfuerzo al subir las lujosas escalinatas del palacio. A sus sesenta años tenía que sumar un padecimiento de huesos, propio de la edad según su médico, que mantenía doloridas sus piernas día y noche. Además, la casaca de seda amarilla que vestía no era muy fresca para la época del año.

La puerta del camarín se abrió y un anciano de unos setenta años de amplia frente, larga cabellera blanca y mirada penetrante observó a don Pedro con amplia sonrisa, era el virrey en persona. El marqués de Casa Fuerte y caballero de las Órdenes de Santiago y Calatrava, el primer virrey nacido en las Indias, esperaba a don Pedro desde que el correo anunciara su llegada a Tlaxcala días atrás. En él había depositado su confianza y ansiaba conocer el resultado de la gestión que le encomendara tres años atrás.

—Don Pedro, bienvenido a su casa —dijo tendiendo la mano—, es un placer veros de nuevo después de tan larga ausencia.

—Gracias excelencia —respondió don Pedro con una inclinación de cabeza estrechando la mano que le tendía el virrey—, para mí también es un placer ver a su excelencia gozando de buena salud.

—Apariencia, solo apariencia —respondió el virrey con voz amable—, pero la salud del alma, amigo mío, a nuestra edad es lo más importante. Debemos estar preparados para lo que pueda venir en el futuro, sobre todo yo. Presiento que mi trabajo en la tierra está terminando.

—Vuestra excelencia es joven y espero verlo por muchos años —dijo don Pedro cortésmente. A pesar de los años que llevaba en México aún conservaba su acento andaluz—. El Cielo puede esperar todavía algún tiempo.

—Dios me dé fuerzas para concluir este proyecto —dijo el virrey mirando el techo de la estancia—. He sabido recientemente de la pérdida de vuestra esposa doña Gregoria, que en paz descanse. En cuanto lo supe ordené officiar un funeral por su alma.

—Os lo agradezco excelencia, lamenté mucho no estar a su lado en el tránsito; la mala noticia me llegó a más de trescientas leguas de mi residencia, un mes después del triste suceso —explicó don Pedro con gesto triste.

—Durante un viaje tan largo nunca se sabe lo que puede ocurrir. Una gran pérdida, rezaremos para que Dios la acoja en su seno —deseó el virrey.

—Gracias excelencia. Ya me lo temía por su enfermedad. Era sin duda generosa y muy respetable. Estoy seguro que así será y gozará de la vida eterna.

—Como ya sabéis la Corona tiene gran interés en conocer vuestra inspección para poblar aquellos dominios —dijo el virrey cambiando al tema que los ocupaba—. Estoy enterado, gracias a los correos, de vuestras andanzas por esas tierras inhóspitas. Pero sin duda tendréis mucho más que contarme. Estoy preparado para oírlo todo.

—He cumplido la misión encomendada poniendo toda mi perseverancia, compromiso y lealtad. Espero que a plena satisfacción de vuestra excelencia.

—Y con holgura, no lo dudéis; habéis culminado un trabajo largo y fatigoso y presumo que nada fácil. Eso os honra.

—Gracias excelencia.

Cómodamente sentados ante una gran ventana, el hombre más poderoso de Nueva España se disponía a oír con gran atención las investigaciones que hizo para él don Pedro de Rivera.

Su nombramiento fue precedido de una larga charla entre ambos. La confianza puesta por el virrey en don Pedro, con los poderes otorgados

por el rey, habían proporcionado al malagueño una gran satisfacción y cumplió la misión empeñando su comodidad sin escatimar esfuerzos. La expedición por la Nueva España septentrional comenzó tres años antes. El brigadier recorrió todo el territorio, de oeste a este, visitando los poblados y los presidios establecidos al norte y al sur del río Grande, escribiendo con la mayor exactitud posible todo lo visto en ellos y organizando los que se encontraban en desorden. Don Pedro portaba una gran cartera de cuero repujado muy manoseada; de ella sacó un fajo de papeles manuscritos por los escribanos que le acompañaron en la expedición.

—Excelencia —dijo don Pedro con voz grave y templada mostrando el grueso legajo de papel sujeto con un fino hilo de vela—, señor, por mis correos podéis tener un ligero conocimiento de la situación. La información que tengo preparada es mucho más extensa y os llevará varios días leerla.

—Bien. Eso es lo que esperaba de vuestro informe, quiero saber todo con detalle para informar a la Corona con la mayor prontitud.

—Temo, señor, por lo que pude averiguar, que la lealtad del anterior gobernador de Texas y Coahuila con la Corona y con vuestra excelencia quede muy mal parada.

—Lo temía —interrumpió don Juan de Acuña—, el marqués nunca me ofreció confianza, pero las sospechas no son suficientes para emitir un juicio justo. Proseguid.

—Por lo que pude averiguar toda la información recibida por vuestro antecesor don Baltazar de Zúñiga, que en paz descansa, del marqués de San Miguel de Aguayo es falsa. Nunca hubo en esas fechas levantamientos de las naciones indias de los territorios de Texas y Arizona. Exceptuando los apaches y comanches, los cuales, como sabéis, no se avienen a vivir en sociedad bajo nuestras leyes.

—¿Entonces por qué ese renovado interés de la Corona? —dijo don Juan frunciendo el ceño.

—Señor, creo que el marqués de Aguayo mantuvo correspondencia directa con la corte durante varios años, solo informó al anterior virrey

de lo que convino a sus intereses. Su objetivo era ser nombrado gobernador de aquellos territorios.

—¿Para qué?

—Para dominar los presidios y proteger sus propiedades. Como sabéis posee las haciendas de Las Parras y Los Patos, un inmenso territorio al sur del río Grande. Formó un pequeño ejército y guerreó contra los indios de aquellas tierras que se negaban a acatar sus leyes particulares. Mataron a unos y apresaron a otros saqueando sus modestas casas y dejando muy mal parados algunos poblados. Consiguió que la mayoría de los nativos se refugiaron en las montañas para no volver.

—Me cuesta creer algo así.

El virrey dudaba, no lo podía entender porque el marqués era un noble de reconocido prestigio.

—Solo puedo decir en su favor que —continuó hablando don Pedro—, gracias a su presencia por aquellas regiones evitó, aunque nunca lo sabremos con exactitud, la intención de invadir Texas por los franceses de la Luisiana.

—Eso fue hace algunos años —dijo el virrey—, ahora no existe ese peligro como bien sabéis, en todo el territorio desde La Florida hasta las Californias ondea nuestra bandera, la bandera de la Nueva España. El parentesco de nuestro monarca con el francés nos ofrece bastante confianza, tenemos buenas relaciones y espero que sean muy duraderas.

Se hizo el silencio entre los dos hombres, don Juan apartó la vista y dirigió la mirada a la ventana enmarcada por gruesas cortinas de terciopelo rojo; a través de sus cristales veía el bullicioso mercado en la plaza Mayor, con el trasiego acostumbrado de mercancías, cabalgaduras y comerciantes. Parecía meditar. Don Pedro respetó el silencio del virrey y aguardó las siguientes preguntas.

—¿Qué hay de los presidios de la bahía del Espíritu Santo y de San Antonio? —dijo mirando a don Pedro de nuevo.

—El de la bahía forma parte de la gran mentira del marqués de Aguayo y demuestra que nunca estuvo allí. Ese presidio se abandonó

hace muchos años, solo quedan algunos restos, edificaciones de madera putrefacta entre maleza cenagosa de difícil acceso.

«Los fondos pantanosos no admiten desembarco alguno. Es un lugar inhóspito, ni los naturales quieren vivir allí. Solo aparecen en época de recolección de algunos frutos silvestres. Los navíos que se aproximan a la costa corren el riesgo de quedar varados para siempre.

»En cuanto al presidio de San Antonio, apenas medio centenar de hombres viven con sus familias y mantienen a los indios en paz. Salvo algunas tribus nómadas como los apaches que no se sujetan de ninguna forma a pesar de los intentos de los misioneros. Por fortuna estos tienen gran influencia en las otras naciones del territorio; los franciscanos con sus métodos de evangelización son de gran ayuda, además, comercian con ellas e intercambian productos de la agricultura».

—Ese es su objetivo. La cristianización es imprescindible; el tiempo se encargará de lo demás. Habéis dicho que los soldados viven con sus familias ¿Qué mujer es capaz de vivir en lugar tan alejado y peligroso?

—Son mestizas la mayoría. Nacidas allí o de lugares cercanos perfectamente adaptadas. De no ser por las incursiones de los salvajes que aparecen cometiendo alguna fechoría, para ellas sería un edén. Solo la mujer del capitán es criolla, procedente de Saltillo.

—¿Qué podéis decirme de él?

—Don Fernando Pérez de Almazán lo está haciendo bien, a pesar de lo limitado de sus recursos mantiene el orden y la disciplina entre sus hombres y es muy apreciado por ellos.

—Lo sé y por ello tiene doble mérito, espero que andando el tiempo no se corrompa.

—Es un gran capitán, honesto y responsable de su misión en aquellas tierras.

—La Corona pretende enviar familias de colonos para asegurar las posesiones. ¿Qué opináis de eso? —preguntó el virrey con gesto cansado.

—Es la única forma de aumentar la población española, de lo contrario continuará como está durante siglos.